

Salió a pasear aquella tarde al campo, tras hacer más de las visitas habituales. Era una tarde incitante al paseo, sin frío y previa al sofocante estío; el campo, agradecido al reciente chaparrón, lo acogía brillante, lleno de colorido y aromas agradables.

Un torosolado córvido blanquegro chirriaba su escandaloso grito de alarma desde una laja. Todo el llano parecía ilimitado ante sus términos inalcanzables, pero mirado con más detalle, la llanura se extendía sin color, ni plantas, ni formas, ni bichos, plena monotonía cromática y campes-tre.

La tierra a sus pies, desapareció bajo una chapa de hierro, del suficiente grosor como para soportar el peso del mundo, al menos el conocido. Le incomodó la desaparición terrenal y decidió regresar a la ciudad. Al volverse, se había esfumado aquella, no atinaba a comprender si por lejanía o aplastamiento bajo la chapa. Al menos, él estaba encima, por ahora, pero tenía que regresar a no sabía dónde ni hacia qué parte, echando suertes sobre los tres puntos cardinales que no tenía delante, mientras observaba el parduzco campo enchapado, otrora bello, brillante y colorido.

Comenzó a andar hacia el punto elegido al azar, observando admirado que sus pies no despegaban del suelo, se deslizaban sobre la chapa aquella, mediante tenaz esfuerzo, de modo que enseguida notó fuertes dolores musculares, especialmente en los aductores.

—Si alguien me viera, me pondría de mote el Piesarrastra —pensó en rasgo de humor.

Al poco tiempo, cansado, dolorido y extraviado, quiso buscar ayuda, pero solo en medio de aquel campo ferroso, ¿a quién? ¿Dónde? Lo primero que discurre cualquiera en tal situación es mirar en su derredor, que es lo que hizo el paseante deslizante.

Nada más echar un vistazo al entorno, observó consternado que se había hecho de noche en el instante y todo estaba oscuro en su contorno. Se asustó, porque el miedo es libre y cogió suficiente para producirle serio temor ante el extraño advenimiento. Pero no le arredró, siguió mirando hacia todas partes y descubrió que por ambos laterales se habían levantado de improviso innumerables edificaciones, todas iguales, parecían naves de talleres, sin fachada, sujetas sobre la chapa del suelo y muy iluminadas en su interior.

En cada una de ellas, de tan tre-

menda profundidad que se perdían los adentros, había un hombre trabajando, todos parecía que en igual faena, tenían ante ellos una descomunal pieza metálica, de la que solamente se divisaba la parte ante la que estaba el mecánico, se suponía el oficio, y se empleaban en pellizcar la pieza con las manos, arrojando las pizcas hacia la chapa, sobre la que resbalaban en cualquier dirección, hasta quedar paradas en algún lugar de ella.

Observó que la chapa se llenaba completamente de trozos de las piezas, unos dentados, otros puntiagudos, cortantes, oxidados y peligrosos hasta por simple roce, conforme aquellos mecánicos iban desbaratando sus piezas y arrojando los trozos al exterior, vigorosamente.

Recapitó que quizá eran los zapatos los que estaban magnetizados por la chapa y los desató, sacando los pies y abandonándolos allí mismo; efectivamente, podía andar sin problemas de imantación, pero la chapa estaba helada y por todas partes abundaban los peligrosos trozos de las piezas que arrojaban al exterior desde las naves. Sí, podía andar más rápido, pero en la oscuridad no divisaba bien los cachos de las piezas, agrandando el peligro de lastimarse los pies con alguno o infectarse de cualquier manera. Tardaba más descalzo, de modo que regresó a sus zapatos y subió en ellos, atándolos fuertemente.

Pero acabó la chapa por ¿fortuna?, ahora todo el suelo se trocó en morrocotuda e inacabable piedra, absolutamente llana y áspera, sobre la que andaba sin el menor problema.

A lo lejos, divisó un edificio iluminado, igualmente de piedra, hacia el que se encaminó. Era de colosales dimensiones y con una pequeña puerta de entrada. Pequeña, deteriorada y

rota, casi a punto de desvencijarse, que abrió sin esfuerzo y se asomó al interior. Dentro no había construcción alguna, solamente se veía abajo, muy hondo, un espacio enorme lleno de cuerpos humanos desnudos, envueltos en polvo. Sobre cada uno de ellos, se movía una vara brillante de mimbre que les golpeaba, provocando una polvareda a cada golpe, como si fueran viejas mantas colgadas a vear en el alambre de tender la ropa de la abuela. Era notorio que los cuerpos se deshacían a los golpes y les achicaba el polvo que exhalaban: conservaban sus formas, pero cada vez más empuñecidos.

Tenía una estrechísima escalera de piedra, sobresaliente de la pared a la izquierda de la puerta, tan estrecha que al apoyar el pie derecho, no podía cruzar el izquierdo porque carecía de espacio entre la pierna derecha y la pared para pasar el otro.

Unos escalones más abajo, se veía un gran poste de madera, sujeto por arriba no sabía dónde y suelto por abajo, aunque descansado en el escalón. De la parte superior del poste, sobresalía un tablón, apoyado sobre el extremo superior del vertical y en el que giraba, con una cuerda atada al extremo opuesto, cuya utilidad no alcanzaba a comprender.

No atinaba para qué, pero comenzó a bajar; al llegar dificultosamente al escalón ocupado por el poste, se abrazó al mismo para sacar el cuerpo sobre el vacío y descender al siguiente escalón. El poste, no sujeto al escalón de apoyo, se deslizó afuera y Piesarrastra se escurría hacia abajo. A punto de caer al fondo, pudo agarrarse a la cuerda y quedar colgado en el vacío, haciendo contrapeso sobre el poste vertical, que recuperó su apoyo en el escalón, sujetando a su vez el palo horizontal del que colgaba

Chapa y piedra

Miguel Huertas Torres

“Tardaba más descalzo, de modo que regresó a sus zapatos y subió en ellos, atándolos fuertemente.

Pero acabó la chapa por ¿fortuna?, ahora todo el suelo se trocó en morrocotuda e inacabable piedra, absolutamente llana y áspera, sobre la que andaba sin el menor problema”

Del 24 de abril al 7 de mayo de 2015

la cuerda a la que se había agarrado el infortunado, podemos ya decir, Piesarrastra.

Visto ahora desde el papel, parece complicado, pero el infortunado antedicho lo entendió instantáneamente, por la cuenta que le tuvo y lo resolvió en mucho menos de lo que lo he descrito tan atinadamente.

Suspenso como se hallaba, pensó la manera de depositar los pies en el suelo; si lo hacía abajo del todo, que ni se apreciaba la profundidad por la polvareda que habían formado las varas de mimbre, seguro que se le desguazaba hasta el fuero interno, así que idea abandonada.

Trepar por la cuerda no era solución, ya que tras alcanzar el palo horizontal, solo podía acercarse al vertical, por el que no lograría descender, estaba totalmente pegado a la pared de piedra y no podía abrazarse del todo.

Un momento de lucidez le hizo imaginar si tan extrañas ocurrencias serían producto de una pesadilla, pero se pellizcó a lo bruto, sintiendo agudo dolor. No era eso.

Solo quedaba una solución, arriesgada pero había que tomarla. Consistía en balancearse hasta llegar a la escalera.

Hizo cálculos, el balanceo de la cuerda no alcanzaba la pared, por lo que habría que tomar brío suficiente para volar hasta los escalones de más abajo. Problema, que al ser tan estrechos estos, forzosamente habría de quedar pegado a la pared, so pena de rebotar y caer al vacío.

Decididamente, se impulsó hasta alcanzar el arco que calculó necesario y se dejó caer de la cuerda hacia la escalera, logrando éxito absoluto, quedó pegado a la boca a la piedra, los pies apoyados en sendos escalones y las manos adheridas malamente a la misma única pared. Todo había salido a la perfección, se alentaba, cuando oyó el suave golpe de algunos dientes en el fondo de aquel foso. En sus labios también notó un líquido pegajoso y caliente, la sangre de su aplastada nariz, pero estaba en la escalera y al otro lado del puñetero poste. Se acordó de quien lo puso, aún sin conocerlo, e hizo votos para toda su familia viva o muerta, ayudándole a superar el dolor.

Bien, todo resuelto. Continuó bajando despaciosamente durante varios días y sus noches, hasta llegar al fondo. Entre la polvareda vislumbró una parada de tranvía. Estaba salvado. Estaba en Parla Mento, junto a su casa y podría dormir la cogerza.

Centro Comercial EROSKI C/ Estación, 125. Esq. Paseo S. Isidro Lavado medicinal

TOMELLOSO duchaito LAVADEROS

CEPSA CARBURANTES SAN ISIDRO GRUPO

Carrefour express Precios Carrefour

C/ Estación, 125. Esq. Paseo S. Isidro